



LEÓN

(DESDE EL CERRO DE LA SOLEDAD)

A MI QUERIDO TÍO, EL SR. ÁNGEL BARRÓN.

Cómo me place desde aquí, sentado
del césped blando en la tupida alfombra,
de verdes matorrales rodeado
y á la frescura de apacible sombra,

tender la vista en la feraz llanura
siempre vestida de belleza tanta,
donde entre cortinajes de verdura,
León, grande y hermosa se levanta.

Allá, en aquella loma, solitario
asilo del que sufre y del que llora,
alza un templo sus muros: *el Calvario*,
lejos del mundo y la maldad traidora.

Con qué fervor y religioso anhelo
allí penetra el rudo campesino,

y humillado ante Dios, levanta al cielo
la triste voz del corazón mezquino.

Dichoso aquel que dobla la rodilla,
felicidad pidiendo y bienandanza
con religioso celo y fe sencilla;
aun le alumbra la luz de la esperanza.

¡ Quien mira salpicada por el lodo
del torpe mundo su ilusión más pura,
y quien la fe perdió, lo pierde todo:
esperanza y amor, gloria y ventura!

¡ Mas,.....á otra parte tórnense mis ojos,
ya que todo ante mí respira calma,
no agite el huracán de los enojos
las negras tempestades de mi alma!

Bañan los tibios y últimos reflejos
del sol poniente que al ocaso llega,
esos prados tendidos á lo lejos
que con su linfa el *Ojo de agua* riega,

y un hermoso jardín, en que süaves
perfumes se perciben, y colores,
y alegres trinos de canoras aves,
verdes arbustos y fragantes flores.

Una turba de gente allí reunida
en confuso y monótono hormigüeo,
va á aturdir los pesares de la vida
entre el ruido estruendoso del paseo.

Cuántos con la alegría del semblante,
con el ropaje de pueril grandeza,

piensan huir ¡oh necios! el constante
y duro torcedor de la tristeza;

bien haceis, de los goces al influjo
ofuscad un instante las crüeles
amargas penas. En fastuoso lujo,
cruzad, carruajes; galopad, corceles;

yo bien sé que esa pompa fría y vana,
oculta entre los pliegues de su manto,
la negra fuente del dolor, que mana
hondos raudales de amargura y llanto.

Seguid, mientras contemplo allá, **perdidas**
en el fondo de mágico paisaje,
las casas de Leon, medio escondidas
en doseles de espléndido follaje.

Envueltas en su atmósfera de aromas,
semejant blanqueando en la verdura,
una inmensa parvada de palomas
que buscaron su nido en la llanura.

Allí un hogar me espera, donde el **fuego**
del santo amor de una familia honrada,
encontré un instante de sosiego
para emprender de nuevo mi jornada;

Para alejarme de esta ingrata tierra
que al mirarme nacer, me amó de niño
y que hoy sus puertas con orgullo **cierra**
ante la humilde voz de mi cariño;

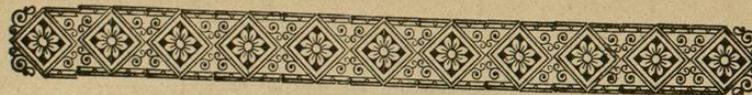
que falaz me desprecia, porque mira
asomar la pobreza en mi morada....
6

¡Ah! no puedo callar, vibren ¡oh lira!
en ronco son tus cuerdas, é indignada

dí á esa ciudad que al pobre no respeta
y que ama la riqueza transitoria,
dile ¡oh lira! en tu canto, que el poeta
funda todo el orgullo de su gloria,

en lanzarse del mundo á la corriente
solo, sin patria, sin hogar ni techo,
con un cielo de dichas en la frente
y un mundo de dolores en el pecho.

León, 1886.



POESIA

RECITADA EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS A LOS ALUMNOS
DE LA ACADEMIA MUNICIPAL DE MÚSICA, EN LEON,
LA NOCHE DEL 25 DE NOVIEMBRE DE 1886.

¡Apolo! presta á mi frente
alguna brillante chispa
de tu numen elevado,
de tu inspiración divina,
para arrancar esta noche
de las cuerdas de mi lira,
en vez de roncós acentos
notas de suave armonía.

¡Con qué sensación tan grata
mi pecho se regocija
si miro á los que reciben
el premio de sus fatigas!
Euterpe, vengo á cantarte,
vengo á admirar á tus hijas,
á arrobarme contemplando
esas tiernas avecillas,

que al soplo de la fragante
primavera de la vida,
tienden sus alas al cielo
y en dulces acordes trinan.

¡Oh firmamento del arte,
mansión de la poesía
donde no hay noches oscuras,
donde sólo se divisa
el sol radiante del génio
que con luz perpétua brilla!
Deja que vuele mi alma
á tu región infinita
y que jamás abandone
este lugar de delicias,
donde escucho embelesado
esas notas que cautivan,
esos cantos que arrebatan
mi ardorosa fantasía,
dulces sonidos que brotan,
que vagan, y se disipan,
como leves ilusiones,
dejando el alma mecida
en inefables ensueños
de tierna melancolía.

¡Vosotras, que cual las aves
entonais notas sentidas,
para endulzar la amargura
y despertar la alegría;
seguid con paso ligero
por esa senda florida
que entré cantos y perfumes
á la inmortal gloria guía
y al fin de vuestra jornada,
hallareis la peregrina

corona, que el génio ciñe
á la frente del artista!

Mirad: bajo el mismo cielo
hermoso, que nos cobija,
se mece la humilde cuna
de una encantadora niña;
en sus sueños inocentes,
descender sobre ella mira
un angel de azules alas,
de faz risueña y tranquila;
con una voz más suave
que el susurro de la brisa,
inclinándose á su oído:
«marcha, la dice, se agita
la inspiración en tu alma,
ve, y en la ruta que sigas,
con tu voz mágica y bella
las multitudes fascina;
por donde quiera que vayas
flores y palmas conquista,
que á ser un astro del arte
el eterno te destina.”

El angel de alas azules
tornó al cielo y hoy Virginia,
es de Leon el orgullo
y honra de la patria mía.

Marchad por donde ella marcha,
seguid sus huellas, seguidlas.
¡La música es el lenguaje
que con su encanto domina
el corazón; el idioma
grande y sublime, que imita
el sonido melodioso

del aura cuando suspira,
de la alondra cuando canta,
del ruiseñor cuando trina
y el delicioso murmullo
con que la sonante linfa
del arroyo, por la selva
blandamente se desliza!
No os detengais, adelante,
y si alguna vez la envidia
el laurel quiere arrancaros
con que el Dios del arte os brinda,
no temais su ciega furia,
miradla con faz de risa,
¡el Genio ha de ser más grande
mientras más se le persiga!

Leon, 1886,



AL MUNDO.

En vano cruzo, en vano,
la senda de la vida
buscando con anhelo
la tierra prometida
la dulce paz del alma
la dicha que soñé;
ante mi paso, siempre,
en vez de amor, rencores;
espinas punsadoras
en vez de gallas flores
y en vez de dicha, negras
desgracias encontré.

¡Oh mundo ¿á quién no arrastra
tu rápido torrente?
¿á quién no ensucia el lodo
que lleva tu corriente
que chozas y palacios
invade sin cesar?
Querer en tí virtudes
buscar en tí heroísmo

son necias ilusiones,
maldades, egoísmo
y torpe orgullo sólo
se puede en tí encontrar.

Al pobre que se arrastra,
buscando su alimento
al pié de los magnates,
y en su fatal tormento
recoge las migajas
que sobran del festín;
lo arrojas de tu seno,
lo insultas, lo escarneces,
haces que acerbo cáliz
apure hasta las héces
y nunca de él se apiada
tu corazón ruín.

Más al magnate nécio
que vive en la opulencia,
al que en mezquinos goces
desliza su existencia
y ofusca entre el ruído
la voz de la razón;
lo ensalzas, lo enalteces,
te humillas á sus plantas
y el brillo de su oro
altares le levantas
para rendirle en ellos
servil adoración.

Maldices á los buenos,
desprecias á los sábios,
tristeza la aventura
y risa los agravios

te causan, ¡quién me diera
de esta mansión salir!
Ni el más allá terrible
ni el hielo de la tumba
me espantan, allí sólo
donde entre huesos zumba
el aire de la muerte,
se deja de sufrir.

En tanto, mundo inícuo,
si tras del ancho cielo
existe el Sér que adora
en su ferviente anhelo
como Hacedor del orbe
la fé del corazón:
¿por qué, pregunta el alma
encuentra el mal abrigo
y el bien huye medroso?
¡Oh mundo, te maldigo
que Dios también te lance
su eterna maldición!

Guanajuato, 1887.



POESIA

RECITADA LA NOCHE DEL 5 DE JUNIO DE 1887
EN EL CONCIERTO QUE SE VERIFICÓ EN EL TEATRO PRINCIPAL
DE GUANAJUATO A BENEFICIO
DE LOS INUNDADOS DE MATAMOROS.

Del caudaloso Bravo en la ribera
se extiende Matamoros, dulce calma
en la ciudad impera.
Allí, como dormida,
al murmullo monótono del río,
la luz rosada de la aurora espera
para dejar el sueño y confundida
en mágicos rumores,
ver la turba de alegres pescadores
y rudos campesinos, entregarse
á las diarias faenas de la vida.
¡Llegó la hora! En el lejano Oriente
teñidas de oro y de carmín se notan
las ténues nubes que en el cielo flotan.
Saliendo del hogar, la honrada gente
marcha al trabajo; con la azada al hombro
el labrador al campo se encamina;
el pescador su red á la vecina

márgen del río lleva, y desatando
su barca de la orilla, alegremente,
se aventura á merced de la corriente.

Como un disco de fuego que surgiera
del seno de la tierra, el sol levanta
su disco rojo en el confín lejano
y, del hondo infinito soberano,
hácia el alto zenit, en su carrera
con magestad solemne se adelanta.

La tarde vá á caer; el horizonte
se oscurece de pronto, negra nube
en el espacio sube
y al fin enluta con tupido velo
el purísimo azul del ancho cielo.
Ya no se mira el sol, triste es la tarde;
del anterior bullicio y alegría
la callada ciudad ya no hace alarde;
silencio, soledad, melancolía,
reinan en derredor; raras figuras
el relampago finge
del espacio en el negro cortinaje;
derrepente rodando en las alturas
con súbito fragor, el ronco trueno
siembra el espanto; su furor salvaje
la tempestad horrible desenfrena;
crece el Bravo y rompiendo la cadena
que al cáuce le ligaba, impetuoso,
convertido en torrente,
brinca encontrando la salida franca
é invade la ciudad, mientras que ruje
el huracán y con soberbio empuje
los corpulentos árboles arranca.

Alto clamor en la ciudad se escucha;
de la torre cercana
en rogativa suena la campana.
Quiere el hombre tener en la corriente
en desigual, desesperada lucha,
más es en vano; el bramador torrente,
con pujanza inaudita,
sin oír rogativas ni conjuros
en los hogares derribando muros
con furia sin igual se precipita.
¡Conmovera escena! ¡Ved! la madre,
corre á la cuna donde duerme el niño
ageno de temor, en dulces lazos,
con expresión profunda de cariño
lo toma entre sus brazos,
lo besa con ternura
y á salvarlo del riesgo se apresura;
el labrador, mesándose el cabello,
mira de la ancha troje
caer los muros. La feraz cosecha
que en tantos años con afán recoge
sepulta la corriente. ¡Está deshecha
sin esperanza alguna,
en un instante sólo, su fortuna!

Mañana cuando el sol en el Oriente
vuelva á nacer, no alumbrará el riente
cuadro, de la ciudad que despertaba
alegre con la aurora;
sus rayos sólo bañarán ahora,
ya no las peregrinas
escenas de placer, sino el talado
antes fértil terreno y las ruinas
y escombros del hogar abandonado.

Mañana, cuántos séres
que abundancia gozaron y placeres
tras de pesares rudos y prolijos
huída para siempre su riqueza
pedirán con tristeza
un pedazo de pan para sus hijos.

¡Oh caridad! ¡oh maga bienhechora
que con afán profundo
consuelas al que sufre y al que llora,
¿en dónde estás? ¿Abandonaste el mundo?

¿En dónde . . . ? ¡Aquí! Vosotras dulces hadas
vais á tender la mano protectora
á aquellas desgraciadas
víctimas, que al sentir vuestro consuelo
por vuestra dicha pedirán al cielo.

Seguid! vosotras que risueñas galas
ostentais cual las flores de los prados,
seguid! el viento entre sus leves alas
lleve otra vez los ecos encantados
de esas notas siüaves
envidia de las aves.
¿Dó vuestro canto su dulzura toma?
¡Le robasteis su acento á la paloma
al ruiseñor sus trinos, á la fuente
el plácido rumor de su corriente
y su blanda ternura
al aura que se queja en la espesura!

¡Oh damas distinguidas
que impulsais el esfuerzo generoso
del pecho juvenil, las desvalidas
criaturas que por vos algún reposo

al inmenso dolor que las consterna
van á tener, vuestro sagrado nombre
como augusto renombre
pronunciarán con gratitud eterna!

¡Oh doncellas gentiles
orgullo de estos cándidos pensiles,
la virtud con su sello de grandeza
realza vuestra mágica belleza!

Seguid como hasta aquí, y á vuestro paso
encontrareis perfumes y colores
y jardines y pájaros y flores;
el sol de las venturas en su ocaso
jamás ha de ocultarse á vuestros ojos.
¡La mujer sin virtud, en la existencia,
es una flor á la que falta aroma;
el bien que practicais es dulce esencia
que el alma pura, del Eterno toma!

Guanajuato, 1887.

